

que se use conmigo de indulgencia cuando considero que si por una parte es vituperable la precipitación, por otra será acaso laudable la oportunidad? Por satisfecho habré de darme, y espero pase lo mismo á los lectores, si logro trasladar siquiera el pensamiento, ya que no las ricas galas de tan importante opúsculo.

México, 31 de Mayo de 1871.

J. P. Córdoba.

LA

MORAL FILOSOFICA

ANTES Y DESPUES DEL EVANGELIO.

Saber de dónde venimos y adónde vamos; cuál es la primera y última palabra de la vida, las obligaciones que á ella se refieren, y la cuenta que debemos dar de su cumplimiento, no es un negocio de pura curiosidad, sino una necesidad imperiosa que experimenta todo entendimiento racional, y verdaderamente serio. Cuando el hombre halla pues un maestro que le enseña tales cosas, un guía que le muestra el camino y le presta la seguridad de conducirlo á buen término, indudable es que debe aceptarlo de buena voluntad, si ya no es que prefiere correr el riesgo de perder lastimosa é inútilmente el tiempo de su vida, y de llegar al fin de la jornada con el corazón destrozado y lleno de pesares, de remordimientos y de justísimas alarmas.

Ahora bien: ese maestro, esa segura guía ¿está aún por encontrarse? El cristianismo dice que no, y para probarlo nos presenta esa larga serie de generaciones que han caminado por el sendero de la paz, alumbradas por la luz del Evangelio, sostenidas, fortificadas por celestiales esperanzas, no ignorando nada de cuanto importa al hombre conocer, y descansando tranquila y plena-

mente en la palabra de Dios. El cristianismo invoca tambien el testimonio de nuestra propia experiencia, y nos pregunta si no es él quien, desde la cuna, puso en nuestros labios el nombre de Dios, y su amor en nuestros corazones; si hay una sola virtud que él no nos haya enseñado, un vicio solo por el cual no nos haya inspirado horror; si hay un voto legitimo de nuestra naturaleza que él no haya siempre escuchado, y si no nos ha dado ya prendas seguras del cabal cumplimiento de sus promesas; y nos pregunta por último, si ha dejado que nuestros destinos sean avasallados por esas dudas terribles, una sola de las cuales basta para envenenar toda una existencia. Preciso es convenir en que si en el seno del cristianismo hemos encontrado todo esto, no tenemos necesidad de buscar en otra parte: nuestro maestro, nuestro guía, es Jesucristo, el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres.

Pero no todos están de acuerdo en esta verdad; y por larga que sea la experiencia de los siglos, por persuasiva la que hemos hecho por nosotros mismos, hay hombres, y por desgracia innumerables en nuestros dias, que no creen que la posesion y titulos que con tan buen derecho alega el cristianismo, sean bastantes para merecer su confianza; y no vacilan en mirar esas atribuciones de guía y maestro de la humanidad como propias de una filosofía, que acaso nada ha hecho aún para probarlo, pero que lo hará todo, y de ello responden sus propugnadores.

Trabájase pues *en hacer salir á la filosofía del recinto de las escuelas, y en darle mayor influencia en el gobierno de las almas*,¹ con la esperanza de verla bien

¹ Julio Simon.—*Le Devoir*. Prefacio de la 3ª edicion.

pronto substituir por completo al cristianismo. ¡A éste el pasado, á aquella el porvenir! La filosofía, que no retrograda, se nos dice, acaba siempre por establecerse y propagarse.¹

El asunto merece en verdad madura reflexion, é interesa tanto á esos filosofos como á nosotros. A ellos, porque la mision de gobernar á las almas es terrible, no solo cuando se ha recibido de lo alto, sino con mayor razon cuando no proviene mas que de sí mismo, cuando se corre el peligro, al penetrar en el santuario de la conciencia, de no llevar á él mas que la turbacion, la oscuridad, y las mas amargas decepciones. En cuanto á nosotros, ¿dónde podriamos hallar mas alto objeto de nuestras graves reflexiones? ¿Cómo no temblar cuando vemos que esos pretendidos guías que intentan colocarse á la cabeza de la humanidad, ignoran por completo el sendero? Yo soy el camino, la verdad y la vida,² ha dicho Jesucristo: he aquí una de esas palabras que no pasarán jamás. Por un beneficio inefable, y que no tenemos derecho á exigir por ningun titulo, somos llamados á contemplar á Dios cara á cara, no como la razon puede concebirle, autor y Soberano Señor de todo cuanto existe, sino tal como es en sí mismo, como él se conoce desde la eternidad, solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Mas este sentimiento es de tal suerte superior á nuestra naturaleza, que ni las luces de nuestro entendimiento, ni las fuerzas de nuestra voluntad, abandonadas á sí mismas, pueden alcanzarlo, y hé aquí por tanto lo que llamamos el fin sobrenatural del hombre. Para elevarnos

¹ *Le Devoir*, p. 419.

² Joann., XIV, 6.

hasta él, ha sido preciso que Dios descienda hasta nosotros. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria que posee como Unigénito del Padre. ¹ Ninguno ha visto jamás á Dios: el Unigénito, que está en el seno del Padre, nos refiere lo que ha visto. ² No hay pues mas que un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hecho hombre. ³ Antes de subir al cielo, confió á su Iglesia los instrumentos de nuestra salud, su fe, sus sacramentos, sus preceptos; y hé aquí por qué, fuera del caso de ignorancia invencible, no hay salvacion para quien no sea miembro de esta Iglesia.

La filosofía racionalista no admite el orden sobrenatural, porque sabe muy bien que admitiéndolo tendria que abdicar todas sus pretensiones; y los desgraciados que se extravían por seguir sus huellas, no comprenden que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres. Imaginanse que la razon, abandonada á sí misma, puede encontrar su camino; que el hombre por sus propias fuerzas, puede llegar á su fin, cuyo error induce á falsear enteramente la conducta de la vida. ¿Cómo pues ilustrar á esos espíritus preocupados y volverlos á la verdad?

De varios modos pudiéramos conseguirlo. El mas sencillo es demostrarles el hecho del establecimiento del cristianismo y su carácter divino. Desde el momento en que se prueba que Dios ha hablado, evidentemente nadie conserva el derecho de dejar de creer en su palabra. Mas para aceptar las pruebas históricas del cris-

¹ Joann., I, 14.

² Id. I. 18.

³ I Tim. II. 15.

tianismo, para estudiarlas, y pesarlas seriamente, preciso es tener conciencia hasta cierto punto de la insuficiencia de la razon, y sentir la necesidad de una luz mas perfecta que ilustre al hombre acerca de su destino y sus deberes. Esta insuficiencia de la razon, puede ser probada por la razon misma. Si ella procede de buena fe, confesará que no cuenta por sí sola con todo aquello que se necesita para guiar al hombre acá en la tierra hácia la vida futura. La razon no nos muestra ni un fin bastante cierto, ni medios bastante seguros para alcanzarla; sus pruebas no son ni suficientemente luminosas, ni accesibles á todas las inteligencias; y por otra parte siempre deja algo á la duda que hiela el corazon, y paraliza la voluntad.

En presencia del cristianismo vése principalmente obligada á hacer semejante confesion. ¡Cuántas verdades, apénas entrevistas por la razon, ha hecho aparecer en todo su brillante esplendor el cristianismo! Verdades del orden moral, verdades prácticas, de que el hombre no podria prescindir en ningun caso, aun cuando no fuese llamado á un fin sobrenatural. Lo que la razon advina ó demuestra penosamente, es enseñando por la fe de un modo tan claro como la luz del dia; lo que estaba reservado en otro tiempo á las inteligencias de los sabios, ha sido convertido por la fe en el patrimonio de todos, y ella presenta á la conciencia las razones mas urgentes y poderosas para evitar el mal y hacer el bien, porque tiene *las palabras de la vida eterna*.

He aquí, pues, nuestro propósito: demostrar que la razon no se basta á sí misma, y que por el contrario siempre tiene motivo para desconfiar de sus propios esfuerzos cuando se trata de decidir acerca de esas gran-

des cuestiones que es imposible dejar á un lado, y que tienen para nosotros un interes supremo; nuestro origen, nuestro fin último, nuestros deberes, los medios de llegar al término de la vida feliz; cosas todas que no podemos conocer bien, si Dios no nos llama del fondo de las tinieblas á su admirable luz. ¹

La demostracion de esa verdad resultará sin duda del estudio que vamos á hacer de la moral filosófica en dos épocas muy diversas, ántes y despues del Evangelio. La moral filosófica ántes del Evangelio nos dará á conocer lo que puede la razon por sí misma, privada en todo ó en gran parte, de las luces de la revelacion; y la moral filosófica despues del Evangelio nos enseñará lo que puede la razon ayudada de esas mismas luces que afecta orgullosa despreciar.

Comparada de esta suerte consigo misma en dos situaciones diferentes, la razon nos dará la medida de sus fuerzas.

Comprendiendo la necesidad de elegir entre los filósofos moralistas, he debido fijarme en los mas honrados y sensatos, pues que son en general los ménos sistemáticos.

Si mis lectores se colocan en el mismo punto de vista, creo que no desaprobarán mi eleccion.

Ciceron, 45 años ántes de Jesucristo, y el año mismo que precedió á su muerte (era entónces de edad de sesenta y tres años), reunió en una obra conocidísima que se intitula *De los Deberes*, los frutos de su larga experiencia, de sus meditaciones, de sus inmensas lecturas y de sus conferencias con los filósofos mas distinguidos de todas las escuelas de su tiempo. Este tratado, que con justicia es tenido por el mas dogmático y

¹ I Petr. II. 9.

completo de todos sus escritos filosóficos, fué dedicado al jóven Marco, que estudiaba entónces en Aténas al lado de Cratippo; con lo cual dicho se está que halláremos en esa obra toda la gravedad y la autoridad de un padre que enseña á su hijo la difícil ciencia de la vida. Notemos por otra parte, que la moral introducida por Sócrates en las escuelas de la Grecia despues de haber sufrido la prueba de la controversia en la Academia, en el Liceo y en el Pórtico, habia encontrado por fin sólido fondo en el carácter romano, de manera que llegaba entónces á su completo desarrollo en medio de las condiciones mas favorables. Todas estas razones nos determinan á concentrar nuestras miradas en la obra de Ciceron. Esto por lo que hace la antigüedad.

Entre los modernos, nuestro embarazo es menor todavía. El brillo de una corona académica, el éxito de muchas ediciones, y un mérito real y apénas puesto en duda, son otros tantos títulos que señalan á nuestra eleccion el libro "*del Deber*," escrito por Julio Simon. En ese libro, lo mismo que en el de la "*Religion natural*," en que el autor ha completado á menudo su pensamiento, nos proponemos estudiar la moral filosófica despues del Evangelio.

Partirémos pues de Ciceron para llegar á Julio Simon, y volverémos repetidas veces de éste á aquel, y al contrario, para explicarlos, para completar al uno con el otro. En nuestro camino encontraremos de vez en cuando á los doctores de la Iglesia, y habrémos tambien de interrogarles, aunque no sea mas que para saber lo que deben á los antiguos filósofos y lo que les deben los modernos. Con relacion á este último punto, establecémos desde ahora un hecho general.

En otro tiempo, las verdades del orden natural, descubiertas trabajosamente por los filósofos, pasaban de los paganos á los cristianos, purificándose y desprendiéndose de los errores con que habian sido mezcladas. Nada mas legítimo, observa San Agustin; no de otra suerte los hebreos trajeron de Egipto, para destinarlos al ornamento del santuario, los vasos de oro que aquellos infieles habian cincelado, y cuyo metal salió de las minas de la Divina Providencia. Pero no estamos ya en los primeros siglos de la Iglesia, y las cosas han tomado otro giro en nuestros dias. Hoy es la filosofía quien á su vez se enriquece con los despojos del cristianismo, y los vasos de oro, purificados, vuelven á poder de los egipcios.

¿Son por ventura justas y honrosas estas represalias, y la verdad, á que se pretende servir, gana algo con ellas? Hé aquí lo que vamos á examinar. ¿Y qué sucedería si en último resultado nos encontrásemos con que la filosofía, á pesar de esa hábil táctica, no está todavía en aptitud de reemplazar al cristianismo ni aun en ese terreno de la moral puramente natural?

I

Yo creo á Ciceron cuando dice: “No fué ayer cuando me consagré á la filosofía; desde muy jóven me dediqué á este estudio con mucho ardor, y aun en el tiempo en que ménos lo parecía, era cuando mas que nunca me ocupaba en él. Así lo demuestran mis discursos que están llenos de pensamientos filosóficos; mis relaciones íntimas con los hombres mas sabios, que fueron en todos tiempos el ornamento de mi casa; los gran-

des maestros que me han formado: Diodoto, Philon, Antioco, Posidonio.”¹ Rindámosle el testimonio que reclama, y reconozcamos en el grande orador, y glorioso cónsul, al discípulo distinguido de la Academia, y del Pórtico. Si no se tuviese como una ironía, veriamos con placer aquellos ocios que le fueron dejados despues de la batalla de Farsalia, y la muerte de Pompeyo, de los cuales no dirá como Virgilio: “*Deus nobis hæc otia fecit*, y sin cuyos ocios sin embargo no tendríamos probablemente ni las *Académicas*, ni las *Tusculanas*, ni los tres libros de la *Naturaleza de los Dioses*, ni por último, ese hermoso Tratado de los *Deberes*, que corona dignamente la serie de sus escritos filosóficos. Concíbese muy bien, y el presente es un magnífico comentario del pasado, que despues de una existencia embellecida por todos los triunfos de la palabra, debia pesarle el silencio de la tribuna. No es por lo mismo extraño el pesar que le acompañaba en su soledad, y que expresa en varios pasajes de aquella obra. Miéntras la República fué gobernada por los hombres que ella misma habia elegido, le consagró todos sus cuidados y pensamientos; pero cuando todo fué sometido á la dominacion de uno solo, cuando los consejos y la autoridad perdieron su influencia, no quiso ni ser presa del dolor que habria le consumido, dejando de oponer patriótica resistencia, ni entregarse á placeres indignos de un hombre sabio. Y como su espíritu no podia sufrir la inaccion, volvió á los estudios de sus primeros años, persuadido de que el medio mas honesto de calmar sus penas, era consagrarse de nuevo á la filosofía.”²

¹ De natura Deorum, lib. I. cap. III.

² De officiis, lib. 2, cap. I. lib. III. cap. I.

Mas de que el Tratado de los deberes haya sido compuesto en aquella época de reposo forzado, poco ántes de esas *Filípicas*, cuyas tempestades se agitan en su seno, no debe inferirse que la amargura haya hecho el oficio de la sabiduría, dictando las lecciones del filósofo. No, todo anuncia por el contrario la mayor serenidad de espíritu, la razon mas libre y despreocupada, y si no fuese por algunos rasgos acerbos contra la memoria de César, podriase vacilar acerca de una fecha que nos es por otra parte conocida en la Historia.

Por lo demás, hacemos á un lado, como extraños á nuestro objeto, los pasajes en que mas se advierte la expresion del sentimiento personal, para no recoger, para no estudiar sino las severas doctrinas estoicas tales como Ciceron podia presentarlas, realizadas por el platonismo, modificadas por el buen sentido de un hombre tan experimentado en los negocios y realidades de la vida.

Si hablamos de las doctrinas estoicas, no es solamente porque tal fuese la filosofia moral preferida por Ciceron, sino tambien porque el fondo en que descansaba su trabajo habia sido tomado de un estoico, Panecio de Rodas, el amigo y maestro de Scipion el Africano. Poco afecto además al exclusivismo, sabrá mezclar en esa trama de bellos pensamientos otras doctrinas filosóficas. No traduce, sigue libremente á su maestro, y tiene cuidado de advertirnoslo. Hemos dicho ya que destinaba aquel tratado á su hijo que estudiaba entonces con Cratippo, y éste era peripatético, lo cual recuerda Ciceron, y cree deber decir á Marco: "Sócrates y Platon son igualmente nuestros maestros." ¹ Hé aquí

¹ De officiis, lib. I. cap. I.

una nueva prueba de aquel espíritu de conciliacion que era tan conforme á sus hábitos, y al cual se manifiesta entónces mas fiel que nunca. Y es precisamente lo que deseamos, pues no vamos en busca de un sistema, sino mas bien de un resumen completo de las mas sanas doctrinas morales de la antigüedad.

Dividese la obra en tres libros, cada uno de los cuales trata de una parte distinta de la moral, á saber: de lo honesto, de lo útil, y de las relaciones entre uno y otro. Mucho habria que decir sobre esta division, y aun se podria preguntar desde luego si lo útil, considerado en sí mismo, es propiamente el objeto de la moral. Pero reservamos esta cuestion, por no tratarla prematuramente, y con el fin de ilustrarla en la serie de este trabajo, por la simple exposicion de la doctrina de Ciceron.

¿Qué es pues lo honesto? Cosa difícil de definir, y que todos conciben. Ciceron, que habia prometido esta definicion, no la dá, y sin embargo llega al fin que se propone por un procedimiento muy legítimo á lo que creo. Describe la facultad que nos eleva á este conocimiento, la razon;— que distingue, segun se expresa, al hombre del bruto, que percibe el origen y el progreso de las cosas, conoce sus causas y efectos, compara sus diferentes relaciones, une el presente con el porvenir; la razon, que junta al hombre con el hombre, y da nacimiento á la familia, á la sociedad; la razon, que excita al hombre á la investigacion, al descubrimiento de la verdad, y por la cual "todo lo que es verdadero, puro, simple, acomódase admirablemente á su naturaleza." Ningun otro animal es subyugado por la hermosura, ni aun la visible: en el hombre, la razon hace pa-

sar la imágen de aquella, de los ojos del cuerpo á los del alma; y cuánto mayor atractivo no tiene para él esa hermosura en el orden de las cosas morales? "Hé aquí, hijo mio, concluye; hé aquí la forma, y por decirlo así, la figura de lo honesto, la cual, si fuese sensible á los ojos, excitaria en nosotros, como dice Platon, maravillosos trasportes de amor." ¹

En verdad que este lenguaje no carece de elevacion, é imposible seria desdeñar esas aspiraciones confusas hácia aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva que San Agustin, más feliz que el filósofo pagano, se admiraba de haber podido desconocer tan largo tiempo. Compréndese por lo expuesto, que Ciceron funda su moral, no en las cosas instables y fugitivas, tales como la pasion ó los sentidos, sino en lo inmutable, en esa razon soberana, de la cual es la nuestra, no obstante sus flaquezas, una participacion y un reflejo: hé aquí lo que además ha consignado en otros escritos, especialmente en su Tratado de las *Leyes*, en que define de un modo admirable la ley natural: *la razon suprema comunicada á nuestra naturaleza*. ² Vemos pues que Ciceron reprueba la moral del interés, la moral del placer, y se coloca en un grado eminente entre los filósofos espiritualistas. Pero es preciso descender de aquellas alturas, necesario es volver á tocar la tierra, porque en ella es donde la ley natural tiene sus objetos, y donde lo honesto engendra obligaciones. Veamos el lado positivo y práctico de la moral de Ciceron.

Lo honesto, segun él, se resuelve en cuatro partes, es decir, que hay cuatro virtudes principales de donde

¹ De officiis, lib. I. cap. IV y V.

² De Legibus, L. I. c. VI.

se derivan todos los deberes: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, virtudes á que nosotros damos el nombre de cardinales.

Prescindamos de esa exactitud, de esa precision á que nos ha acostumbrado la escolástica. Las denominaciones que afectan á cada virtud no están bien fijas aún. Así la prudencia, esta sabiduria práctica, es á veces confundida con la ciencia ó la sabiduria puramente especulativa. Pero encontramos desde luego lo esencial; y Ciceron distingue perfectamente dos maneras opuestas de atacar esta virtud, el exceso y el defecto, la curiosidad y la falta de aplicacion. A la justicia, cuya funcion especial es mantener la armonía entre los hombres, refiere la beneficencia y la generosidad, que en cierto modo tiene en el orden natural analogía con la caridad cristiana. Los deberes que conciernen á la propiedad, son clasificados con perfecta distincion de los que atañen á las personas: «el primer deber que prescribe la justicia es el de no hacer mal á otro, si no es en el caso de una justa defensa; el segundo, el de usar en comun de todos los bienes que son comunes, y en propiedad solo de los bienes particulares.» Del mismo modo distingue dos especies de injusticias: «una que hacemos por nosotros mismos, y otra que consiste en dejar hacer lo que se podria impedir. ¹ Entre los diferentes deberes de justicia y beneficencia, procura empeñosamente establecer una subordinacion que tiende á prevenir en cuanto es posible la arbitrariedad y el capricho.» Es necesario, dice, cuando se trata del cumplimiento de todos los deberes, considerar quién es el que tiene mayor necesidad, y lo que puede ó nó sin nuestro auxilio. Si los vínculos

¹ De officiis, L. I. cap. VII.

tienen sus derechos, las circunstancias tienen también los suyos. Hay ciertos servicios que se deben á unos más bien que á otros. Débese, por ejemplo, ayudar á un vecino á levantar su cosecha, con preferencia á un hermano ó un amigo; pero si se trata de un proceso, os presentaréis más bien á la defensa de un amigo ó un hermano que de vuestro vecino. Todas estas consideraciones y otras semejantes deben entrar en el cumplimiento de nuestros deberes. Y es preciso que en ellas nos ejercitemos hasta adquirir el hábito, si queremos ser justos apreciadores de los deberes, y juzgar, después de haber pesado todo, hasta dónde podemos llegar. Así es como sabréis lo que se debe á cada uno.» ¹

Algunas de estas reglas serán un día rechazadas como falsas é incompletas; otras, y son las más, hallarán cabida en todos los tratados de moral como una muestra brillante de la lucidez de espíritu de Cicerón y del noble interés que le inspiraban esas delicadas cosas de la conciencia.

Los estoicos explican la fortaleza del alma diciendo que es una virtud armada en defensa de la equidad: el valor que afronta el peligro por un interés particular, no es sino la audacia y deja de merecer el nombre de fortaleza. «Queremos, dice Cicerón, que los hombres intrépidos y magnánimos sean al mismo tiempo sencillos y buenos, amigos de la verdad é incapaces de toda perfidia: he aquí otras tantas cualidades del hombre justo.» ² La ambición es el escollo de las almas grandes: así, ¿qué extraño es que Cicerón ponga por ejemplo al hombre que quería, según dice, ser el primero ó mejor dicho el

¹ *De officiis*, L. I. cap. XVIII.

² L. I. cap. XIX.

único en Roma? Distinguiendo dos cosas en la fortaleza, el desprecio de los bienes exteriores, fundado en la persuasión de que solo lo honesto es estimable, y esa energía que triunfa de todo para llegar al fin, no vacila en preferir lo primero, que aunque menos brillante es lo que constituye al hombre de bien. Fácil es también explicarse en vista de esto, por qué prefiere el valor civil al militar, y cuán perfectamente desempeña su papel cuando dice: «Por mucho que sea atacada, cuán hermosa es esta máxima:»

“*Cedant arma togæ, concedant laurea laudi.*”

Sabido es que el comentario de este famoso verso es el consulado de Cicerón, y es difícil dejar de sonreír al ver este rasgo ingenioso del amor propio que se disfraza con el amor paternal: «Séame permitido, oh Marco, presentarme delante de vos revestido de una gloria de que seréis el heredero, y hacer alarde de una conducta de que os corresponde ser imitador.» ¹

Empero si su vehemencia para exaltar este género de valor puede considerarse justamente como sospechosa de cierto recuerdo interesado en favor de su propia persona, no hay cosa que iguale á la autoridad de su lenguaje cuando reprende á aquellos que, prontos á sacrificar á la patria sus bienes y su vida, le rehusan el sacrificio de la menor parte de su gloria; como Callicratidas y Cleombroto, que, excesivamente celosos de su honra, combatieron, el uno á los Atenenses y el otro á los Tebanos con fuerzas desiguales, sin tener en cuenta los males irreparables en que su derrota iba á precipitar á Lacedemonia. En general, toda esta parte que trata de

¹ L. I. cap. XXII.